

MAXIMILIANO SALINAS CAMPOS. *GABRIELA MISTRAL.*
LA REVOLUCIÓN MESTIZA DE LA TIERRA. SANTIAGO: EDICIONES
USACH, 2019: 184 P.

Maximiliano Salinas, investigador de culturas y religiosidad populares, ha venido desarrollando, además, una especie de historiografía lateral que muchas veces pone en apuros ciertas visiones consolidadas y al parecer inamovibles, establecidas por las corrientes centrales de la historia. Es así como desarrolló un tema tan específico como el de la risa en Gabriela Mistral: estábamos tan acostumbradas a ver en textos escolares, monumentos y hasta en billetes su imagen adusta, que nos olvidamos de que ella a veces se reía.

En este nuevo libro el autor se propone traspasar lugares comunes y reduccionismos, para indagar en aquellas “emociones y conmociones” que llevaron a la poeta a convertirse en una figura mundial hasta el punto de “ser considerada hoy una de las cien mujeres que cambiaron la historia de la humanidad” (Salinas 10).

El punto de partida de esta indagación es el testimonio de Roberto Matta, quien en 1935 vivió tres meses en casa de Gabriela, en Lisboa. Entonces este joven pintor pudo apreciar que ella “era de un enorme espíritu revolucionario, en el sentido más humano del término” (11).

Desde entonces el adjetivo revolucionario se ha usado tanto y tan indiscriminadamente que terminó por gastarse. Tal vez por eso Matta puntualiza que Gabriela fue una verdadera revolucionaria, en cuanto pensaba en “el arte de vivir juntos”.

Con profusión de citas, Salinas muestra cómo, desde su vivir y convivir mestizo, Gabriela va diseñando este arte. En efecto, ella reivindicó herencias europeo-mediterráneas, indígenas, africanas, judías y portuguesas. Asimismo, afirmó la condición mestiza de nuestro continente, cuando en el mundo proliferaban el supremacismo blanco, las prácticas más aberrantes de higiene racial y, por otra parte, cierto arribismo étnico, aún vigente, que lleva a las elites americanas a menospreciar y hasta negar su filiación con los pueblos indígenas y afro descendientes de América.

En 1942 la Cancillería chilena le escribía a Gabriela, entonces cónsul en Petrópolis, para amonestarla porque un artículo suyo, publicado por un periódico brasilero, aparecía ilustrado con el retrato de un mapuche. A Neruda, entonces Cónsul general en México, le pasó lo mismo: publicó, sin dinero fiscal, una revista que tituló *Araucanía*, en cuya tapa iba la foto de una joven mapuche hermosa y risueña. Por esto recibió una amonestación severa del Ministerio. En sus memorias Neruda habla de “las absurdas

pretensiones ‘racistas’ de algunas naciones sudamericanas” que eran, ellas mismas, “producto de múltiples cruzamientos y mestizajes”. Fue el caso de nuestro país, imaginariamente blanco: Salinas anota que en 1903 Enrique Mac-Iver aseguraba que la casi totalidad de la población chilena era de origen europeo.

Esta exaltación del aporte de Europa iba unida al desprecio de la herencia indígena. Maximiliano Salinas entrega muchos ejemplos: en 1919, la escritora Sara Hubner lamentaba que los mapuche no se hubieran extinguido antes de impregnarnos con sus “malditas cualidades”. En 1925, el poeta Vicente Huidobro declaraba que el grito de guerra de todo patriota debía ser el de ahogar y confundir al criollo en la sangre rubia del norte de España. En 1940 Benjamín Subercaseaux calificaba a los mestizos-españoles que formaban gran parte de nuestra población como “exageradamente feos e innobles” y “de mirada estúpida y sin vida”. En 1954 el historiador Francisco Antonio Encina, siguiendo a Nicolás Palacios, le concedía al ibero godo la paternidad de la sociedad chilena agregando que “sin la influencia de la sangre española durante doscientos cincuenta años, la civilización chilena no habría nacido”, mientras Joaquín Edwards Bello opinaba que “fuera del control europeo el indio vale bien poca cosa, por no decir que no vale nada”. Por último, el destacado político socialista Clodomiro Almeyda incurría en un determinismo racial fatalista al afirmar que al calor del mestizaje se gestaba la mentalidad huasa “que añadía a la psicología del hidalgo español un ingrediente de pasividad y resignación indígenas...” (Salinas 93-95).

A esta perdurable corriente que devaluaba, cuando no lamentaba, el aporte indígena, Mistral oponía su admiración por los pueblos y las culturas originarias. En 1931 escribía:

En mis conferencias he hablado con verdadero encendimiento de los indios. Me he sentido inspirada, iluminada. Tengo por ellos un cariño de sangre. Recuerdo algunos de los rasgos faciales de mi padre, rasgos que me obligan a pensar en la posibilidad de una línea ancestral de contacto con el tronco indígena (82).

Para Mistral el mestizaje fue parte fundamental de este arte de vivir juntos, y no se trataba solo del mestizaje racial sino además de una suerte de amplio ecumenismo religioso y cultural. Le dolía el desconocimiento del aporte indígena, porque era una pérdida de la riqueza que podía alcanzar el mestizaje.

Salinas apunta:

Esta revolución mestiza tiene como principio y como fin el horizonte de la Tierra. El arte de vivir juntos desde la conjunción étnica tiene los pies, el cuerpo y el alma en el corazón de la Tierra, en la ancha Tierra de todos y de cada uno. Difícil hallar una mujer más apasionadamente terrestre, telúrica como Gabriela (12).

Aquí Gabriela nos sorprende por la forma contemporánea con que trabaja el simbolismo tierra-madre, reactualizando una cosmovisión arcaica que últimamente ha cobrado extraordinaria vigencia. Mircea Eliade anota:

... la ascensión de la tierra madre al rango de divinidad suprema si no única fue detenida tanto por la aparición de las divinidades agrarias (...) Pero la tierra madre no perdió nunca sus privilegios arcaicos de 'dueña del lugar', de fuente de todas las formas vivas, de guardiana de los niños y de matriz en la que se sepulta a los muertos a fin de que allí reposen, se regeneren y regresen finalmente a la vida, gracias a la santidad de la madre telúrica (Eliade 241).

Como hace notar Salinas,

La inspiración de Gabriela busca sostener la vida originaria del mundo. En un sentido cosmogónico recupera el arquetipo de la *Terra Mater* que vela y se desvela por la íntegra totalidad de los seres vivos, burlando el poder destructor de la Muerte que descompone la totalidad de lo viviente (Salinas 163).

Así, a través de la creación poética, Gabriela alcanza un conocimiento emocional del mundo perdido de las diosas. En "Recado terrestre", de *Lagar*, escribe:

Parece que se te cruza, el Memorioso,
la vieja red de todas nuestras rutas
y que te acuden nombres sumergidos
para envolverte en su malla de fuego:
Tierra, Deméter, y Gea y Prakriti (Salinas 9).

Y este conocimiento, que como advierte Luis Oyarzún "surge de un sentimiento maternal del cosmos, colinda con el misticismo y con la visión extática." Por esta vía Mistral descubre el mundo perdido que la arqueóloga Marija Gimbutas desenterró después de años de un arduo trabajo de campo, y que reveló, como indica Campbell: "ese intento primordial por parte de la humanidad por comprender y vivir en armonía con la belleza y las maravillas de la Creación", y que esboza, "mediante arquetípicos términos simbólicos, una filosofía de la vida humana contrapuesta en todos los aspectos a los manipulados sistemas que han prevalecido en Occidente en épocas históricas" (Campbell 389).

La conjunción entre la revelación poética y la evidencia arqueológica de que otro mundo es posible, es lo que en este momento hace que la poesía de Mistral sea revolucionaria, en cuanto evidencia "la necesidad universalmente reconocida de una transformación general de la conciencia de nuestro tiempo" (Campbell 389).

BIBLIOGRAFÍA

Campbell, Joseph, *Diosas*. Girona: Editorial Atalanta, 2017.

Eliade, Mircea. *Tratado de historia de las religiones*. México D.F.: Ediciones Era, 1992.

Darío Oses
Universidad Finis Terrae